

¿Y ahora adónde vamos? de Nadine Labaki

Núria Beitia Hernández

“¿Y ahora adónde vamos?” es una pregunta pertinente hecha ante una encrucijada. Una pregunta sobre qué dirección se ha de tomar. Esa pregunta es un punto final y también un principio, el principio de la preciosa película de Nadine Labaki, nacida en el Líbano en 1974 y que es, además de la realizadora del film, una de las actrices –magistral, por cierto– protagonistas.

“¿Y ahora adónde vamos?” es una pregunta y también es una certeza: la de saber, con toda seguridad, qué dirección no queremos tomar, en qué camino no queremos seguir... porque ya no se puede sostener, porque ya no se quiere aguantar.

La película comienza con una escena impresionante: mujeres de todas las edades van avanzando en una extraña y forzada danza. El marco en el que transcurre es un escenario y un paisaje escenario muy vecino, muy cercano al nuestro: el norte de África es decir, el sur del Mediterráneo. El cielo tiene un precioso y sofocante color arena. Esas mujeres han amado, a lo largo de sus vidas, a algunos hombres: a sus maridos, a sus hermanos, a sus hijos... pero aunque ellas desean seguir amándolos su amor se vuelve dolor ante la pérdida de ellos, los hombres, que han muerto y no por enfermedad o por ancianidad sino a causa de la destrucción, a causa la guerra.

La película consigue explicar, y hacerlo con belleza, con amor y con humor, algo tremendo, terrible, horrible. Habla del deseo de cuidar de la vida, de salvarla de la inhumanidad que es una guerra: de salvarla de la destrucción y de la violencia.

Y son las mujeres las protagonistas de ese cuidado, de esa creación y recreación continua tanto de la vida como de las relaciones necesarias para que la vida se dé. Esas mujeres, vecinas de un pequeño pueblo –algunas amigas y otras no tanto– conviven y se manejan con el conflicto relacional como lo que es: alimento para la vida y posibilidad para que la disparidad provoque el deseo de las otras. En ese contexto surge, de pronto y de forma contaminante, el miedo a la alteridad, a lo otro y de la mano del miedo, y para justificarlo, surge la necesidad de crear y de recrear un enemigo... y todo porque la televisión anuncia que, en no se sabe qué lugar del mundo, dos, con un nombre tan genérico y tan poco singular como “cristianos y árabes” están en guerra. Y ¿por qué? Quizá por el mismo hecho que en otro tiempo interesó: por ser distintos.

Y las mujeres de ese poblado no están dispuestas a perder lo que aman pero tampoco están dispuestas a que la vida se pierda porque ellas, que son mujeres, saben lo que significa darla a luz y cuidarla pero también porque saben que la vida es sagrada. Y porque no quieren que la vida se pierda se arriesgan. Se arriesgan a ser, se arriesgan a inventar. Y como las nuevas Scherezades inventan mil y una estrategias. Y también como hizo Scherezada, no lo hacen solo para salvar sus propias vidas y las vidas de sus hermanas, sino también para salvar al sultán de su propia violencia.

Y, a pesar de la dificultad y de la dureza de lo que tienen ante sí, ellas se ponen a la tarea con una cotidianidad y una ligereza que nos recuerda a unas niñas jugando... jugando a vivir.

La escena final se parece a la primera pero no lo es, entre una y otra la coreografía de la vida ha conseguido pasar de un círculo vicioso a un círculo virtuoso, ha conseguido salvarse.